

# LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 4 de Diciembre de 1892.

Núm. 137.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 15 céntimos.

## La Juventud Literaria.

### PALIQUE.

—¡Qué ganas tengo de ver  
estrellarse á un ciudadano!  
Así con furia gritaba,  
en estos días pasados  
y en la calle de las Barcas,  
el resbaladizo barro  
que en cantidad adornaba  
las riberas de los lagos  
con que las últimas lluvias  
amables nos obsequiaron.  
Yo estaba oyendo los gritos  
que daba orgulloso el fango  
y ví dar mil resbalones  
á los pobres desdichados  
que sin miedo á nada, iban  
celosos á su trabajo.  
¡Héroes de vuestros asuntos!  
Yo os admiro y os acato  
pero tengo por seguro  
que morís de un balquinazo  
si no ponen en seguida  
para pasar tanto charco  
en la bacheada y rota  
calle de las Barcas. barcos.  
Pedid, pedid con ahinco  
trasportes tan necesarios.  
¡Mártires del municipio!  
Ya teneis valor probado.  
Entre tanto proseguia  
el barro con sus escándalos  
y yo ya estaba aturdido  
de gritos tan inhumanos.  
Iba á ponerme el sombrero  
para ir á ver al «Diario»  
á quejarme del abuso  
para que dijera algo,  
cuando ví doblar la esquina  
á un apuesto guardia urbano  
(lo mismo dá un guardia que  
un Ayuntamiento andando)  
y llegué á tranquilizarme  
con su presencia y su garbo.  
—Ahora le impone una multa  
me dije contento—al barro  
ó mandará que lo quiten  
de enmedio, por sus escándalos  
ó denunciará el suceso  
ante el concejal del ramo  
ó hará que por hoy se acaben  
esos gritos tan ingratos  
cubriendo al tal individuo  
con uno, dos ó tres carros

de grava de la menuda  
(no la que rompe el calzado.)  
Pues ¿saben Vds. que  
hizo el guardia del relato  
enterado del asunto?  
—Marcharse sin hacer caso.

\* \* \*

A las Conchas conozco  
mejor del orbe  
y ninguna debiera  
llevar tal nombre  
porque son todas  
brillantes perlas finas  
mejor que Conchas.  
No sé si alguien de Vds.  
se habrá ocupado  
en hacer deducciones  
cual yo del caso.  
Mis experiencias  
me han contestado siempre  
—no hay Concha fea.  
Y ¿he de dejar que pase  
su alegre santo  
sin, en algun «Palique»  
decirles algo?  
No, no, protesto;  
quiero felicitarlas  
con estos versos.  
Aunque muchos me llamen  
entrometido  
yo quiero estar con ellas  
siempre cumplido  
y segun creo,  
de los adelantados  
es siempre el cielo.

\* \* \*

Leí que se pretende  
vender el Rastro,  
el Almudí, Contraste,  
Cárcel, Teatro  
y al ver tantos proyectos  
ilusionados  
el autor de estas líneas  
dijo:

K. NARIO.



### LA DERROTA

Cada vez que á mi memoria vuelve  
el recuerdo de aquella derrota la sangre  
se agolpa á mis sienes y algo así como  
la cólera reprimida se me anuda á la gar-  
ganta y creo que me ahogara si, escon-

diendo el rostro entre las manos, no  
dejase correr por mis mejillas algunas  
abrasadoras lágrimas.

Y es que ni la fortaleza del enemigo  
ni lo rudo del ataque vienen en mi dis-  
culpa, que débil fué el contrario, y las  
armas vencedoras caricias y súplicas.  
¡Alberto! ¡Pobre amigo mio!

\* \* \*

Flores que en distintos jardines na-  
cieron, en cristalino vaso ó sobre el pe-  
cho de una hermosa, algunas veces vien-  
nen á hallarse juntas.

Nacida en Sevilla, la tierra del Sol,  
ella; yo de tierra de nieves venido, como  
en el deshielo bajan de la montaña las  
aguas mezcladas con los rayos de luz,  
asi nosotros bajabamos la pendiente de  
los días.

Guirnalda de flores que embalsamaba  
nuestro ambiente era el lazo de amor  
que nos unia.

Al ir á verla aquella noche, lo confie-  
so, no se que me apesadumbraba más;  
si el temor por la vida de mi amigo  
Alberto, de aquel pobre Alberto que *no  
quería morir sin verme*, ó la necesidad  
de separarme de ella. Pero si el amor se  
rebelaba, los deberes santos de la amis-  
tad no admitian vacilaciones, y siempre  
fueron para mí los más respetables los  
deberes que no estan consignados en  
otro código que en el de toda sana con-  
ciencia.

La carta lo decia: no queria morir sin  
verme. Se trataba de una enfermedad  
mortal y el desenlace estaba próximo.  
—«Ven, ven pronto, quisiera llevarme  
conmigo un último abrazo tuyo.»—

Y sin embargo ella decia:—No, no  
quiero que te vayas. No será tanto el  
peligro, tu amigo es muy jóven.—

Y caricias, y llantos, y súplicas.  
Era un ángel y le disputaba el último  
consuelo á un moribundo.

Y yo—Dios se olvide de ello—cedí.  
No desistia de mi viaje; pero dilataba mi  
partida.

\* \* \*

La muerte no se duerme.

Festoneado por ancha orla negra, á los  
pocos días, recibí un pliego. El pobre  
Alberto habia muerto sin abrazarme.

¡Como sentí entonces el peso de la  
derrota!

\* \* \*

